

LIBRARY OF THE  
MADRID

Ayuntamiento de Madrid



HEMEROTECA  
MUNICIPAL

MADRID

## LA MADRILEÑA.

POLKA

Para Piano Forte.

compuesta

POR F. STRAUSS.

Pr. 3 rs.

Tocada en el Real Palacio en celebridad del Regio Enlace.

POLKA.

3 3 3 2

First system of musical notation, measures 1-4. Treble and bass staves. Measures 1-3 contain triplets in the treble staff. Measure 4 has a '2' above it. The bass staff has chords and some eighth notes.

FINAL

Second system of musical notation, measures 5-8. Treble and bass staves. Measure 5 is marked 'FINAL'. The treble staff has eighth notes and some triplets. The bass staff has chords.

8<sup>a</sup>

Third system of musical notation, measures 9-12. Treble and bass staves. Measure 9 is marked '8<sup>a</sup>'. The treble staff has eighth notes and triplets. The bass staff has chords.

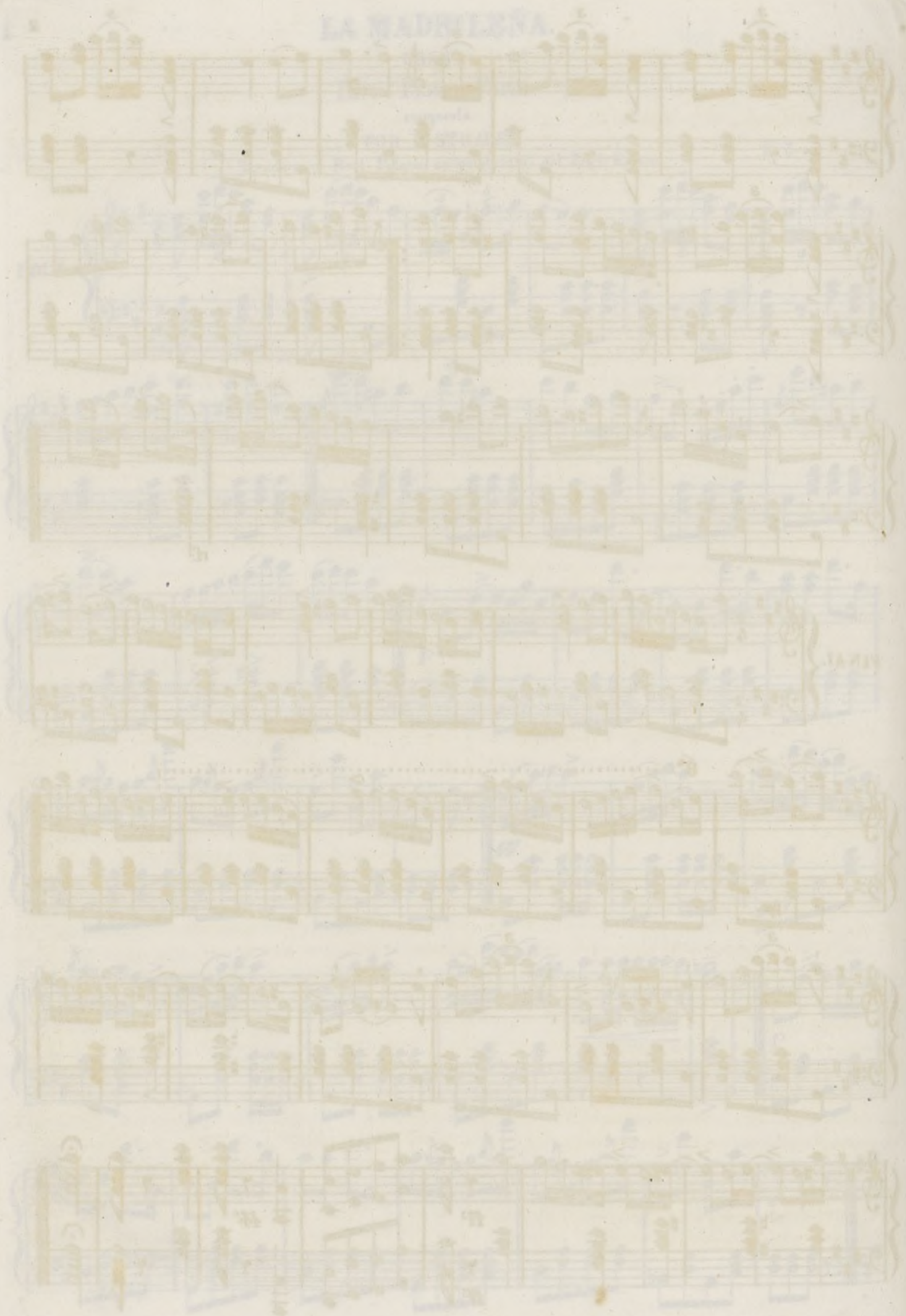
3 3

Fourth system of musical notation, measures 13-16. Treble and bass staves. Measures 13 and 14 have triplets marked '3'. The treble staff has eighth notes and triplets. The bass staff has chords.

ff ff

Fifth system of musical notation, measures 17-20. Treble and bass staves. Measures 17 and 18 are marked 'ff'. The treble staff has eighth notes and triplets. The bass staff has chords. The system ends with a double bar line and a repeat sign.

LA MADRILEÑA.



## MODAS DE PARIS.

Hubo un rey llamado *Astro-Brillante*, porque su país era estenso y hermoso. Allí el sol tenía tanto esplendor, y el aura que se respiraba era tan dulce, que la tierra, sin necesidad de cultivo, producía abundantes cosechas, y el suelo se cubría de flores sin que nadie las sembrase. Las mugeres de este país eran en extremo coquetas, lo que producía al gobierno frecuentes disensiones domésticas cuyas quejas llegaban á veces hasta los oídos del monarca. Los prendidos y gorros, sobre todo, habían llegado á un lujo prodigioso, los diamantes, las perlas finas y la rica pedrería de colores con que se les adornaba eran tan costosos, que se hacía imposible sostener el brillo en palacio, los días de gran gala y demás festivos en que la reina recibía á su corte de génius y hadas.

Las modistas (pues también en estas comarcas fantásticas les había llegado su *buen año*) aprovechándose de esta especie de locura, hacían pagar los mas pequeños adornos de tul, de satén ó de terciopelo á precios fabulosos; lo que unido á la pedrería con que hemos dicho que se adornaban, explica bastantemente las desavenencias conyugales, cuyas quejas llegaban al pie del trono.

El rey, que era un buen príncipe y quería la paz en sus estados, se decidió á dar una orden prohibiendo á todas las mugeres usar sobre su negro ó rubio cabello otro adorno que el de flores en forma de guirnalda ó ramillete. Esta medida, amables lectoras, fué muy sabia y política, porque nunca estais mas hermosas que cuando os engalanais con sencillez y naturalidad; y aquel sabio rey os conocía bastante, puesto que para asegurar la observancia de su mandato concluía dispensando de su cumplimiento á las calvas, á las canosas y á las viejas. ¡Cosa singular!.. Bastó esto para que todas las damas de su corte abandonasen los complicados prendidos y sombreros con que antes cubrían su cabeza y se presentasen en seguida luciendo sus hermosos rizos, aun aquellas que nunca los tuvieron.

Pero hablemos ya de nuestro país, donde no se dan órdenes contra el lujo; donde los maridos son demasiado ilustrados para quejarse de lo mucho que les cuesta el adorno de sus mugeres, y donde las modistas continúan tranquilamente inventando fastuosos y caros adornos. Sin embargo de que en nuestro país no existen órdenes suntuarias, las flores están muy en moda, y

era menester que esta moda hiciese furor, por decirlo así, para verlas como las vemos en la Ópera y en los salones en tan gran abundancia: flores formando vistosas guirnaldas, adornos á la italiana, gorros cubiertos de flores; flores, en fin, por todas partes. Las flores y las agujetas de diamantes unidas hacen muy buen efecto. Si observamos los luminosos destellos del diamante esparcir mil rayos brillantes por entre el verde y los matices vivos y frescos de las flores, la orden del rey *Astro-Brillante* nos parece desnuda de toda poesía. Aquel rey carecía sin duda de lo que se llama sentimiento de lo bello.

El diamante, el oro, el terciopelo, el encaje, los cachemires: hé aquí lo bello, los verdaderos elementos que entran en la composición de todo traje y adorno.

En las flores hay mucha variedad; no se puede decir fijamente si las flores de agua son mas de moda que las lisas, rosadas, plantas cerradas, etc.; sus hojas son muy finas y flexibles é imitando en un todo á la naturaleza.

Los adornos siguen la misma marcha que las flores; esceptuando, sin embargo, los adornos de terciopelo, que se guarnecen, según el capricho de cada uno, de plumas ó de bordado y pasamanería de oro. También se han creado con graciosa coquetería, adornos de terciopelo de colores, cereza y oro granate, ó verde y oro; también se lleva un adorno de terciopelo verde esmeralda, rodeado de torzal, para que amolde bien á la trenza; después este terciopelo cae hácia un lado figurando palmas guarnecidas de una redecilla de oro; ó bien un adorno de forma oriental. Otro hay de terciopelo cereza; tiene en la copa un pequeño borde, pero de forma enteramente nueva, con una blonda de oro que ondea graciosamente como un velillo, y levantado un poco por un lado, con una pluma blanca bien ceñida al rededor de su copa.

Hemos observado en esta semana un precioso traje de calle. Es de damasco azul con largos ramos de sauce azul y negro; su falda está abierta por delante sobre una tira de gro de Nápoles: el ancho de la parte baja de esta tira es de diez centímetros, y sobre ella tiene cinco roquetes bordados con pasamanería azul y negra; compónense de dos capullos y dos cabos desiguales terminando en pequeñas bellotas; el cuerpo ajustado y con vueltas de gro de Nápoles muy estrechas, abierto por la espalda, y bordado con pasamanería; la abertura de la espalda está sujeta por un nudo ó lazo semejante á los de las sayas; las mangas ajustadas por

arriba, un poco anchas por abajo, y plegado el puño.

Las capotas se llevan casi todas guarnecidas de encaje; el encaje se coloca muy alto y necesita lo menos dos rangos. Creemos que la moda del encaje rico dominará muy pronto sobre las guarniciones de pieles.

## ¡CALAVERADAS!

Estaba yo enamorado...—¿Hay artículo sin amores? dirán algunos de los que tengan la amabilidad de fijar en derecho ó torcido, la vista en estas mal pergeñadas líneas.—Sí, señores míos, perdido de amores por la niña mas linda que ha pisado las orillas del undoso Manzanares.—Todos los amantes dicen lo mismo de sus señoras.....—Paciencia, señores críticos, paciencia; lean ustedes hasta el fin, seguros de que no les faltará tela en que ejercitar su tigeria.

La niña en cuestion era el fruto con que Dios había bendecido la union de don Dámaso Rodríguez de Fernamental y doña Eulogia Fernamental de Rodríguez, esposos que ya contaban las cuarenta primaveras cumplidas, y que habían educado á su hija Casilda (¡horrible nombre cuando tanto abundan las Elviras y Eloisas!) según las rancias costumbres de nuestros abuelos, es decir, que no hablaba el francés, ni tocaba el piano, ni concurría á sociedades. Dificil empresa, por cierto, era hacerla sabedora de mis amorosos sentimientos, cuando hablarla no podía ser; entrar en su casa tampoco, y.... ¿escribirla?... esta era la piedra filosofal que yo buscaba. Después de emborronar mas de una resma de papel, y roerme las diez uñas de mis diez dedos, buscando pies para sonetos, elegías, epístolas, plegarias y demas formas de que se reviste la poesía lírica y épica, salí gozoso á la palestra con un billetito orlado, perfumado y disparatado.

La fortuna me deparó una criada de Casilda, tan aficionada á los grandes hombres, que solo por un busto de *Napoleon* consintió en ser la... que tragese y llevase. Casilda, sea que encontrase en el amor un medio de variar las emociones de su solitaria existencia, ó una diversion gratis, lo cierto es que puso al pié de mi memorial lo que hubiera escrito un ministro: «concédasele lo que solicita.» Transformados en nuevos Abelardo y Eloisa, recibíamos mutuamente tres recados al dia por conducto de la *fel* doméstica, si bien con

equivocaciones parecidas á las de aquel actor de lugar, que por recitar:

«Tengo un volcan en el pecho  
y un Vesubio en las entrañas.»

dijo, ahuecando la voz:

«Tengo un balcon en el pecho  
y un vesugo en las entrañas.»

Una mañana, pues, recibí una carta de Casilda, concebida en estos términos:

a Querid omio: é conseguido que papás me deguen it esta noche conunasa migas alas masgaras de Billaermosa: mea legro mucho, porque así poderemos ablar. ay te mando un laco negoy encarnado para que le prendasen tu domino; io llevaré otro igan.

«No faltes á Dios.»

—Casilda en las máscaras! Yo su caballero toda una noche! Ventura! Alegría! Pero ¿y dinero? ni un cuarto en este cajon!... tampoco en este!... ¡Oh! que me digan luego que este es el siglo de oro!.... Una cadena, sí, un recuerdo de otro amor; pero es la única alhaja que poseo; vendámosla. Mujeres! estos sacrificios se hacen todos los dias en las aras de vuestra hermosura.

El sentimiento que me causó la pérdida de mi cadena, se fué desvaneciendo poco á poco á la vista de un dominó, un billete de Villahermosa, y algunos duros que á las cuatro de la tarde relucían sobre la mesa. Por fin sonó la ansiada hora y me dirigí al baile. Para los que han visto aquellos suntuosos salones seria inútil toda descripción, y para los que no, intentaría en vano pintarles aquel bullir de gentes que van y vienen en distintas direcciones, la gritería capaz de deshacer el timpano mas fuerte, y los codazos y pisotones que se dan y reciben entre aquella multitud apiñada y compacta; pero sí diré á unos y á otros que después de una hora logré divisar el consabido lazo.

—¡Casildita!

—Servidora.

Y la di el brazo y empecé á recitar algunos trozos de una comedia que había leído por la mañana: hubo aquello de «bien mío, sol de mi ventura,» sin olvidarme de la frente tersa cual pulimentado alabastro, los dientes de perlas, los labios de coral, y el cuello blanco como el de un cisne, comparaciones que he hallado en todos los libros antiguos y modernos: tampoco escaseé los espresivos apretoncitos de mano, cosa que se considera como de ordenanza en un baile.

—¿Vamos á dar unas vueltas de wals?



camino que conduce desde Strassbourg á Colmar: parecía ir fatigado, como hombre que poco acostumbrado á caminar habia abusado demasiado de sus fuerzas. Detúvose súbitamente bajo un viejo roble, cuyas vigorosas ramas se extendían cubriendo enteramente el camino; limpióse la frente, húmeda de sudor, y una ligera sonrisa brilló en sus sedientos labios cuando oyó la alegre algazara de la cacería que se aproximaba hacia él.

Este jóven tendría unos veinte y cinco años: llevaba el pobre y miserable vestido de estudiante alemán. Bajo una capa, demasiado delgada y demasiado raída para preservarle de la fría brisa del norte que entonces soplabá, ocultaba las elegantes formas de un cuerpo admirablemente modelado. Sus blondos cabellos le caían desordenados sobre la espalda y adornaban su despejada frente; su cara pálida respiraba un aire lleno de distincion; sus ojos eran azules y espresivos, su sonrisa ordinariamente dulce, aunque algunas veces burlesca y fría como la de los sábios, los filósofos y los desgraciados; en una palabra, era un tipo alemán con su hermosura mediatunda y melancólica que revela al observador la ciencia y el sentimiento.

La cacería se aproximaba en tropel por el camino, y el desconocido se levantó y se apoyó contra el árbol. Multitud de monteros y cazadores pasaron rápidamente ante él. Apenas el desconocido paró la atención en aquel grupo de jóvenes ricamente vestidos y todavía animados por las diversiones del día: sus ojos estaban fijos en un grupo de caballeros que venían mas despacio. A la cabeza iba el conde del Haumont de Berr, dueño del hermoso castillo que se veía en lo alto de la colina; á su derecha iba una muger de estremada hermosura, montada en un precioso caballo: esta era su sobrina, Diana del Haumont.

El anciano y la jóven iban escoltados por cinco ó seis jóvenes que parecían ocupados únicamente en adivinar y satisfacer sus menores deseos. El carácter del conde era noble, y sus cabellos, plateados por la edad, daban á su fisonomía una espresion de dignidad que inspiraba respeto y confianza. Cuando jóven buscó la gloria en los combates; y ya viejo habia buscado los gozes de la vida en el seno de su familia y en el afecto de sus amigos.

Diana tendría unos diez y nueve años: parecía que la naturaleza habia depositado sus mas bellos tesoros en aquella criatura encantadora; nunca quiso que el polvo ocultase el brillante ébano de su magnífica cabellera; sus ojos eran negros y chispeantes, sus labios de carmin

y su frente blanca y fina como el terciopelo; aquellas mejillas ovaladas, aquella cabeza lindísima reclinada con suma coquetería sobre sus hombros de alabastro, y aquellos contornos armoniosos, en fin, presentaban el conjunto mas hechicero que jamas poeta ó pintor pudo soñar. Únicamente se hubiera querido encontrar mas gracia y espresion en sus miradas, menos frialdad y desden en su sonrisa, y mas modestia y abandono en su persona.

¿Era esto vanidad, orgullo, ó solamente indolencia del corazón?

A pesar de estar rodeada de admiradores apasionados, que todo lo ponían en juego para llamar su atención y obtener una sonrisa de sus labios, á todo se mostraba indiferente, y una nube de tristeza y de tedio cubría su hermoso rostro cada vez que un recuerdo ocupaba su imaginación.

Cuando su corcel llegó ante el añoso cedro que ocultaba al desconocido, á pesar de los esfuerzos que hizo para distraerse, quedó pensativa, y su desnuda mano, acariciaba maquinalmente el arqueado cuello de su brioso caballo, mientras que sus miradas estaban vagamente fijas en la bruma que empezaba á levantarse de la tierra.

Pasó toda aquella comitiva, y el desconocido, inmóvil y como fascinado, la siguió algun tiempo con la vista, sumergido en una admiración profunda.

—Oh! ángel divino, murmuró, y cuán hermosa eres!

—En verdad, amigo mio, que teneis buen gusto! dijo una voz zumbona.

El jóven se estremeció y se volvió con viveza. Detrás de él habia un hombre de alta estatura; su traje elegante, la riqueza de su espada y el aire con que llevaba el frac á la francesa, de terciopelo negro bordado de oro, revelaba un caballero de alta clase. Su rostro era bello, aunque adusto y altanero; su cabeza erguida, su talle esbelto y su pipa siempre en la boca revelaban bien su vanidad y presuncion.

—Has visto pasar á Diana del Haumont, replicó el caballero con zumba, y la admirabas, eh?

—En efecto..... jamás se ha ofrecido á mi vista una muger mas bella.

—Psit! yo lo creo. Así como así, si estuvieras mejor vestido, yo te aseguro que serias acogido por la hermosa mejor que ninguno de los petimetres que la hacen la corté.

—Y qué importa la ropa, dijo el joven, cuando se busca un alma.

—Oh! importa mucho: de esa manera nada conseguirás, pues la bella Diana ha despreciado á todos los nobles de Francia; así que, te aconsejo deseches esa ilusion, al menos por ahora.

—El amor verdadero no encuentra obstáculos.

—Lo crees tú así?

Y el caballero empezó á mirar curiosamente al desconocido mozo, que parecia decidido á tentar la aventura.

—Tanto lo creo, que hace tiempo solo pienso en el medio de llegar hasta Diana del Haumont.

—De veras? Pero tú sabes quién es Diana del Haumont? Sabes que es mas orgullosa que la reina de Francia? y vana, y.... ambiciosa como un abad, que quiere llegar á ser Papa?....

—Todo eso puede cambiarlo el amor.

—Pero ignoras que si es libre es porque ha rehusado dar su mano á todos los señores de la provincia, y porque sueña nada menos que con un príncipe.....

—Bien puede ser que se case con un pastor.

—Já, já, já, pobre mozo!.... tú crees en los reyes que se casaban con pastoras..... en los amores romancescos.....

—Yo creo que el amor hace á la muger noble y virtuosa, ó baja y vil, segun la voluntad ó la condicion del hombre que ella ama.

—Eres un loco.

—No soy loco; sino que hace tiempo que me ocupo en estudiar el corazon de la muger.

—Necio estudio.

—Sábio estudio, caballero.

—Habrás echado toda tu ciencia en una alforja.

—No por cierto: en mi corazon.

—Y es esa toda tu fortuna?

—Unicamente.

—Tienes un aire algo picaresco. De qué pais eres?

—De Alemania.

—Ya me lo figuraba. Y tu nombre?

—Monteamor.

—Muy conforme está el nombre con tu carácter. Y tu estado?....

—Estudiante.

—Sin un cuarto, quizás?

—Sin un maravedí.

El caballero se aproximó á Monteamor, le observó un momento y luego dijo:

—Tú eres muy audaz, resuelto..... y tienes mucha fé en la fortuna.....

—Tengo fé; y alcanzaré lo que quiero.

—Falta saber por qué medios.

El estudiante vaciló un momento y respondió:

—Aun están por elegir.

—Pues bien! me agradas, y quiero servirte.....

—Es posible... si en esto hallais alguna ventaja para vos.

(Continuará)

## EL GUIRNALDERO.

La grande fiesta que la aristocracia de Florencia daba todos los años, debia verificarse dentro de pocos dias, y se ponía la mas esquisita vigilancia á fin de evitar adquiriesen billetes para concurrir á ella personas que no perteneciesen á las clases privilegiadas.

Aconteció que cierta condesa, entusiasmada de la exactitud con que Domingo la habia retratado, quiso manifestarle su agradecimiento regalándole un par de billetes, garantía bastante para concurrir á la diversion sin necesidad de darse á conocer. En el momento le ocurrió al joven artista el pensamiento de llevar á Clara, tanto mas, cuando estaba seguro no encontraria en la funcion á ninguno de su familia.

La noticia de poder disfrutar un placer, acerca del cual ni tan siquiera se hubiese atrevido á pensar, sorprendió agradablemente á la sencilla joven; solo un vago sentimiento de confusion vino á mezclarse en su alegría, pero pasado este momento de desvio su primera ocurrencia fué preguntarle ¿cómo me vestiré?

—Casi no teneis necesidad de adornos, le contestó Domingo, y vos que sois tan hermosa, un sencillo traje blanco y algunas flores en la cabeza es cuanto os hace falta. Tomad, esta corona que acabais de concluir es á propósito.

Clara se la colocó en la cabeza, entre sus abundantes trenzas negras. Al verla Domingo así, una idea cruzó por su imaginacion, porque concebir y ejecutar era en él una misma cosa.

—No temo á esas orgullosas señoras florentinas, dijo, porque mi querida Clara las eclipsará; entre todas será la mas bella.

—A vuestros ojos, quizá, le respondió con candor, y esto es suficiente felicidad para mí.

En aquella tarde Domingo se separó de su amada mas temprano de lo que tenia de costumbre y por ha-

cerla rabiarse se llevó la corona. En el momento que llegó á su casa se metió en el obrador, cerró la puerta con cuidado y la sacó de su pecho... mas cuál fué su asombro al ver que todas las rosas se habían secado! Se estremeció y un frío glacial se difundió por todo su cuerpo; pero recobrado prontamente, se sonrió de su juvenil temor.

—Yo le haré una que jamás se marchitará, dijo, y la aurora le sorprendió trabajando.

Al día siguiente la jóven le enseñó su vestido blanco que tenía casi concluido. Clara quería guarnecerlo con una tira de rosas, pero Domingo la propuso que en su lugar podían ser hojas de plata cinceladas, pues sería mas digno de la reunión á que había de concurrir, y en su consecuencia la prometió que en la siguiente tarde se la llevaría.

—¿Pero no será un adorno demasiado rico para mí? preguntóle Clara con perplejidad.

—Existe alguna cosa que pueda ser demasiado rica para.... iba á contestarle, la futura esposa de Domingo Corradi? pero se contuvo y la respondió, para mi amada hermana?

En seguida abandonó á Clara y pasó en el obrador toda la noche para cumplir su palabra.

En fin llegó el día por tanto tiempo deseado. Un inmenso y elegante gentío se comprimía en las inmediaciones del palacio, teatro de la fiesta. Muy luego, aquella oleada viviente invadió los deslumbrantes salones, inundó las hermosas galerías de mármol y se esparció por los grandiosos jardines perfectamente iluminados, que por un declive insensible descendían hasta el Arno. Todas las beldades aristocráticas, así como todo lo que contenía Florencia de mas ilustrado, había concurrido á la fiesta.

La seguridad de que solo la aristocracia había podido llegar hasta el círculo reservado á ella, desterraba la sujeción y la rigidez. El resplandor de las bugías multiplicado al infinito por los espejos y por el oro de los artesonados, el reflejo de miles de piedras preciosas, el perfume que exhalaban las flores, el arrobamiento producido por la música y tantos tipos de belleza reunidos bajo un magnífico golpe de vista, alucinaba, embargaba los sentidos, era la realidad de un cuento de las hadas.

De repente cesaron las conversaciones y un sordo murmullo se dejó oír entre la multitud de personas que llenaban el grande salon de la entrada; como sobrecogidos por una conmoción eléctrica, se precipitaron hacia la puerta.... La esbelta y graciosa figura de una

jóven apareció en ella; era tan extraordinaria su belleza que, ciertamente, nadie hubiese pensado en impedirle la entrada, aun cuando hubiera carecido del indispensable billete que á ello le daba derecho. Semejante á una Peri en las puertas del Paraíso, desvió su deslumbradora vista, y no obstante se sonrió á la idea del placer que la esperaba.

—¿Quién es? preguntaban. Nadie lo sabía. En vano interrogaban al conserje.

—El caballero que la acompaña, me ha entregado dos billetes, respondió; pero en mi admiración, he olvidado leerlos, y sería en vano buscarlos ahora, pues están confundidos con otros mil.

Mientras tanto, la bella desconocida, apoyada en el brazo de su pareja se adelantaba con aire agradable en medio de exclamaciones que arrancaba la admiración. Su traje era de una sencillez encantadora. Llevaba un fluctuante vestido de muselina blanca como la nieve, guarnecido con tiras de hojas bordadas de plata, un cinturón de lo mismo sujetaba su delicado talle, y sobre su pura y radiante frente brillaba una guirnalda de flores, también de plata, de un dibujo y de un trabajo esquisito. Era la primera vez que se veía en Florencia adorno tan original y gracioso.

—¡Qué bien hace resaltar el ramaje blanco, su negra y abundante cabellera! se oía en todas partes ¡Qué triunfo para el artista, y sobre todo qué satisfacción para el que anhelaba ser su esposo!

Las señoras se agrupaban al paso de la jóven pareja, para contemplar mas de cerca la guirnalda y poder encargarse otra semejante. Los jóvenes únicamente admiraban la angelical figura de la que la llevaba. Clara, absorta de sorpresa, de placer, desvanecida por la magnificencia de que estaba rodeada, unas veces su posición dejaba entrever un cándido arrobamiento, y otras la sonrisa se enseñoreaba en sus coralinos y frescos labios. Por último, comenzó á sentirse tan fatigada, que alarmado Domingo por su palidez, la condujo á un banco, lejos del tumulto y del calor, y observó que poco á poco se restituían los colores á sus mejillas de alabastro, frías como el mármol.

—¡Esto parece un sueño! murmuraba Clara, reanimada por el aire fresco de la noche.

El artista pensó del mismo modo, y casi tuvo temor de despertarla.

—¡Cuán bella debe ser la vida en este mundo de encantos! ¡Es decir, añadió Clara precipitadamente, si

nos encontramos entre aquellos á quienes amamos..... no de otro modo!

Exaltado por estas palabras, y con el alma deliciosamente conmovida por la armonía de la música, cuyos sonidos mitigados por la distancia, llegaban apagados hasta ellos, Domingo no pudo contenerse por mas tiempo y arrojándose á los pies de Clara, le declaró que la felicidad, la esperanza de su vida, era el llegar á ser su esposo.

—Clara le escuchó enagenada. Esposo, hermano.... cualquiera cosa con tal que jamás nos separemos, le contestó.

Entonces, olvidándose del lugar, del tiempo, y hasta del mundo, formaron los mas encantadores proyectos para el porvenir.

Los salones estaban casi desiertos cuando dejaron la galería, y para marcharse cruzaron, sin embargo, por el lugar mas despejado. El andar de Clara era vacilante, llevaba la cabeza inclinada sobre el pecho y sus mijillas abrasaban.

Muy pronto se averiguó que Domingo Corradi habia sido el feliz inventor de aquel gracioso adorno que tanto llamó la atención de las bellas florentinas, y su obrador no tardó en poblarse de estas. Desde aquella época Domingo fué conocido únicamente bajo el nombre del *guirnaldero*.

Pero y ella..... la Péri, la estrella, la admiración de Florencia ¿dónde se encontraba? ¿adónde estaba Clara?.....

Inmóvil y blanca como una estatua de mármol, sentada Clara delante de la ventana de su pequeña habitación, abrazaba con su postrer mirada de amor aquellas llanuras que ilumina el sol, aquellas llanuras que tantas veces habia recorrido con su querido hermano y que ya no volveria á pisar! Lloraba la pobre Clara por tener que separarse para siempre de su amado Domingo.

El frío la habia penetrado en el banco de la galería de mármol. Se acostó con calentura. El mal en pocas horas hizo horribles progresos... ¡ya no queda ninguna esperanza!..... La guadaña de la muerte que habia hundido en la tumba á todos sus parientes, á su vez iba tambien á herirla!..... De tiempo en tiempo tomaba la corona de plata que tenía delante, y con mucha dificultad la colocaba sobre su húmeda frente; pero aquella corona era ya muy pesada; tuvo que abandonarla derramando un torrente de lágrimas. Una sola idea la consolaba: Domingo viviria, la olvidaria ¡y

seria feliz!... Y con el objeto de mitigar el melancólico abatimiento de su amigo agotaba sus últimas fuerzas.

De este modo desapareció de la escena del mundo aquella angelical jóven, sin que dejase mas señales de su tránsito que un corazón despedazado....

Poco despues de esta catástrofe, Domingo dejó su profesion de platero por aquella hacia la cual le arrastraba una inspiracion irresistible. En poco tiempo llegó á ser el primer pintor de su siglo, y contó entre el número de sus célebres discípulos á Michel-Angelo Buonarroti. Vasari le llama el ídolo de sus compatriotas. ¿Fué feliz? Dios lo sabe; era un hombre, y nosotros que escribimos una historia verídica, debemos confesarlo..... se casó con otra muger..... pero jamás olvido á Clara, ¡esto era imposible! Nos inclinamos á creer que mas de una vez dirigió su pensamiento á lo pasado, y que en medio de sus mas brillantes triunfos lloró amargamente por aquella con la cual esperaba compartirlos. En muchas de sus obras representa de distintos modos el tipo de una cabeza infantil de angelical belleza. En la capilla de Sasseti en la iglesia de la Trinidad, pintó la vida de San Francisco, en una serie de cuadros llenos de sensacion y de vigor dramático, en ellos reconocieron los monjes las facciones del padre Pablo, á pesar de que Domingo solo lo vió una vez.

Se encuentran pruebas maravillosas de su talento en las magníficas pinturas al fresco del coro de Santa María—Novella, en las galerías de Florencia, en Munich, en el museo de Berlin, y tambien en las risueñas frentes de sus bellas y nobles compatriotas, cuando seductoras y ligeras, las arrebatan en la danza, adornadas con sus guirnaldas de plata.

De este modo, aun en nuestros dias, se refiere en Florencia la historia del *guirnaldero*.

### CRÓNICA DE LAS SOCIEDADES.

Con el título de HELICONA, acaba de establecerse en esta corte una sociedad dramática, compuesta en su mayor parte de los alumnos de música y declamacion del Conservatorio de María Cristina. Tenemos muy buenos antecedentes de esta reunion, y si no estamos mal informados, en todas las funciones tomará parte la seccion lírica, en la que lucirán sus naturales disposiciones los aventajados discípulos de Saldoni, Iradier y otros céle-

bres maestros. *El zapatero y el rey* será la primera composicion dramática que pongan en escena, ensayada bajo la direccion del inimitable Latorre, y en cuanto se despida del público con la representacion de Noche-Buena la compañía que ahora ocupa el teatro de Buena-Vista, seguirán en él las demas funciones de esta sociedad, que interinamente se ha establecido en la calle Ancha de San Bernardo. Elogiamos desde luego el pensamiento de sus fundadores, no dudando de su celo, buen gusto y acertado discernimiento, para hacer que, entre tantas sociedades dramáticas como abundan en esta corte, logre distinguirse favorablemente la HELICONA.

### REVISTA DE TEATROS

#### PRINCIPE.

*Juan de Padilla.*

El nombre que forma el título del drama revela su argumento, como nos dice que no pertenece á ese género de pasiones finas, de escenas de juego y animadas tanto por contrastes de lo sério con lo ridículo, cuanto por quid-pro-quos ó retruécanos á los que tan aficionados ueron nuestros antiguos vates. Los resortes que mueven á los personajes de la composicion de D. Eusebio Asquerino son de acero y de temple rudo, fuerte; la dulzura, las muelles costumbres de la mujer desaparecen allí bajo el varonil ardimiento de Doña María Pacheco, que unido al de Padilla, le comuni a el fuego de la amazona para estirpar á los flamencos, reponer en el trono á la reina Doña Juana, viuda infelice, que sumida en la desesperacion ignora las turbulencias que agitan su pobre patria, y asegurar al infeliz pueblo un estado de menos vejámen y mayor holganza. Un triunfo pasajero corona al principio los esfuerzos del noble generoso y de la esforzada heroína: recupera la reina su tranquilidad, y admite como sostenedores de sus derechos á los gefes de los comuneros; el porvenir aparece lisonjero al miserable pueblo; mas ¡ay! que la fuerza de las armas arroja á los defensores de la liga y el gefe de ella, Juan de Padilla, vencido y hecho prisionero en Villalar, es condenado á muerte, sin que un perdon le liberte del crudo suplicio. La reina, la triste enamorada, único puerto de esperanza, cae de nuevo en su desgarradora melancolía, y Padilla, Maldonado y Bravo, compañeros

valerosos del ilustre gefe, perecen juntos en un ominoso patíbulo.

Este argumento, campo de enconosos instintos á la par que de nobles destellos, no podia proporcionar escenas de terneza y dulces coloquios; todo en ellas debia respirar grandes miras y trascendentales cuestiones; todo debia ser e tusiasmo frenético ó encarnizados odios.

Desempeñada la pieza como por los actores del Príncipe, mencionaremos al señor Torroba y al señor D. Lázaro Perez, que ambos á dos brillaron en sus respectivos papeles; dejando á un lado á los primeros que siempre descuellan grandes, para ocuparnos de su composicion.

Cortas y de ningun valor son las alteraciones históricas que el señor Asquerino ha creído conveniente hacer, con objeto de presentar escenas mas dramáticas. En esto el autor ha plenamente llenado su fin, y en el 3.º y 4.º acto, especialmente, produjo efectos de verdadero mérito: la locura de Doña Juana en el momento de firmar el perdon de Padilla es un golpe dramático, que revela grande conocimiento del teatro; y la despedida de los tres compañeros en la cárcel, como tambien la aparicion de María Pacheco, sellan esta obra que sin duda abunda en bellezas del arte, sostenidas constantemente por un lenguaje fluido, pomposo y de versos llenos y sonoros.

A pesar de todo lo que hemos dicho, sentimos que este género de literatura invada nuestros teatros, y lo sentimos porque todo lo que es de circunstancias dura lo que estas, sin que nada, nada quede en el porvenir. No se crea que de ahí escluimos la comedia política; pero téngase en cuenta que de esta á aquella hay una distancia inmensa: la una es de todos tiempos, de todas épocas y habla con todos; la otra solo á intereses particulares, los cuales son hoy unos y otros mañana.

Por lo demas creemos la composicion digna de una pluma bien cortada, y el señor Asquerino en su especialidad debe enorgullecerse de ser el autor del Juan de Padilla.

EL DONCEL.

#### CIRCO.

Nada extraordinario ni nuevo ha presentado este teatro; anunciada la Lucrecia, suspendióse por enfermedad de la Sra. Bertolotti: esperamos que en breve se restablezca, para tener el gusto de admirar á un artista español.